

Libertos, la universidad no es un supermercado

JORGE MAJFUD :: 13/04/2024

Desde hace siglos los conservadores (hoy libertos) se quejan de que no están bien representados en las universidades

En 2024, buena parte de América Latina se encuentra en un escenario sociopolítico (no económico y menos militar) similar al que describimos sobre EEUU en 2004. Nada extraño, si consideramos (1) su condición de neocolonia, asegurada por (2) su tradicional clase oligárquica, por (3) sus no menos tradicionales medios, con sus periodistas y sus intelectuales orgánicos; y (4) por el fanatismo de una parte significativa de su juventud, brutalizada por los medios fragmentadores de las redes sociales, todas plataformas en manos de los multibillonarios del Norte.

En Argentina y en otros países del Sur, las universidades públicas (y su autonomía) están bajo ataque, como casi cualquier servicio público, objeto de deseo del privatizador. El presidente Milei publicó que *“La educación pública ha hecho muchísimo daño lavando el cerebro de la gente”* y su vicepresidenta, Victoria Villarruel, lo confirmó con una pregunta adulatoria: *“¿Coincidís con las palabras del presidente Milei sobre el adoctrinamiento que se hace desde la educación pública?”*

Con complejo de esclavista y de hacendado citadino, el *youtuber*, ex peronista y diputado liberto Ramiro Marra llama *vagos* a los trabajadores que protestan en las calles, el mismo que meses antes recomendó vivir de los padres, porque nuestra existencia se debe a que ellos “estaban aburridos” y deben pagarlo con “financiamiento gratis”. La diputada Lilian Lemoine, luego de dedicarse al Photoshop y a los videos pornos donde un hombre la obliga con una pistola a chuparse un control de videojuegos (*“Siento el sabor de Mario en mi boca”*) poco después le da lecciones sobre pedagogía a quienes llevan años enseñando, al tiempo que cuestiona si se les debe pagar a los docentes por “no hacer su trabajo”. Es la dictadura del lumpenado.

Ahora, envalentonados por la nueva inquisición, miles de jóvenes y adultos que no tuvieron mucha suerte en el sistema académico han salido a acusar a la educación media y superior de *adoctrinación*, exigiendo un “equilibrio ideológico”, ese mismo equilibrio que no le exigen a las corporaciones que monopolizan el poder financiero y, en consecuencia, político, mediático y hasta teológico.

Desde hace generaciones, las estadísticas muestran que en EEUU (como en casi todo el mundo), los profesores tienen ideas más de izquierda que el resto de la sociedad. Basta con mirar un mapa electoral para ver que esas *islas de izquierdistas* coinciden con los campus universitarios, rodeadas de *mares de derechistas*—cuando no neofascistas y miembros del KKK, como me tocó en Pensilvania.

Esta excepcionalidad siempre crispó el ánimo de los conservadores en el poder, quienes, derrotados por siglos en el mundo de las ideas, han reclamado siempre legislar para eliminar la libertad de cátedra. En 2004 escribíamos sobre las pretensiones de los

legisladores de Georgia de “equilibrar el currículum” de las universidades obligando a los profesores a enseñar la Teoría Creacionista junto con la Teoría de la Evolución. El poder hegemónico promueve la *libertad de mercado* porque nadie puede competir libremente con su poder financiero, pero como han sido desde siempre un fracaso académico, se sienten mal con la *libertad de cátedra*. No aceptan la regulación del mercado, pero exigen la regulación de cátedra.

El argumento es que los profesores adoctrinan a la juventud, a una minoría de la juventud que ya tiene edad para beber alcohol, mirar pornografía y ser enviada a la guerra a matar y morir. Nada se dice de la adoctrinación de niños en edad preescolar enviados a los templos religiosos y a los templos mediáticos para una verdadera adoctrinación.

Los libertarios ganan elecciones gritando *libertad* y gobiernan *prohibiendo*. En el siglo XIX, los esclavistas reconocían el derecho a la libertad de expresión, hasta que algunos comenzaron a escribir contra la esclavitud. A partir de entonces, comenzaron a prohibir libros, luego autores y, más tarde, los metieron en las cárceles de la democracia. Lo mismo comenzamos a vivir en Florida, Texas y otros estados hace unos años bajo gobiernos libertarios. Muy orgullosos de la libertad de expresión, hasta que los autores y las ideas inconvenientes comenzaron a ganar terreno en la población y las llamaron *adoctrinamiento*.

Esta obscena asociación Jesús-Mamón y la doctrina de “los profesores adoctrinan a los estudiantes” se ha revitalizado en las colonias estratégicamente endeudadas. La comercialización de la vida concluye que un pensador es bueno si aumenta el ingreso monetario del lector. Si no, son *empobrecedores*. *Pobreza y riqueza* sólo se refieren a su valor de cambio.

Este fanatismo y su necesaria infantilización de la sociedad están llegando a las universidades, uno de los últimos reductos donde el poder mercantilista no tenía el monopolio. Todo en nombre de la *diversidad* ideológica y del derecho de los estudiantes a afirmar que la Tierra es plana.

Cada vez más se confunde una universidad con un supermercado, donde el poder terraplanista del lumpenado no entra para ser desafiado en sus convicciones, sino para comprar lo que quiere y exigir satisfacción por su dinero. Así han convertido a los estudiantes en clientes, y de ahí la necesidad de privatizar la educación para convertirla en *reductos de libertad—del poder para adoctrinar más esclavos*.

Esta es una tradición que se remonta a siglos atrás, incluso hasta Sócrates, quien fue ejecutado por la democracia ateniense acusado ser ateo, antidemocrático, y de lavar el cerebro de los jóvenes enseñándoles a cuestionar las verdades establecidas.

Por su parte, la izquierda, que siempre fue combativa desde sus pocas trincheras disponibles, se ha vuelto políticamente correcta, insoportablemente tímida, virginal, invirtiendo *toda* su sensibilidad en la micropolítica de las identidades. Mientras, los más viscerales fanáticos de derecha (recursos del incontestable poder financiero del Norte) continúan ganando elecciones. Los pueblos han sido desmovilizados y convertidos en consumidores. Han sido fragmentados para que consuman más. Las familias extendidas sólo compraban un televisor, no tres o cuatro (y hablan entre ellos), por lo que la fragmentación y la alienación de las relaciones sociales fue un recurso conveniente del capitalismo

consumista. Divide, gobernarás y ellos consumirán más.

El orgullo de la elocuencia vacía acaparó los medios, luego la política, y ahora van por las universidades. Tienen muchas posibilidades de destruirlas, como los godos y vándalos destruyeron civilizaciones muchos más avanzadas. Lo peor que podemos hacer, como académicos, como activistas sociales o como políticos es responderles con timidez; *confundir la lucha de clases de la izquierda con el odio de clases de la derecha.*

Desde hace siglos los conservadores (hoy libertos) se quejan de que no están bien representados en las universidades. Se insultan a sí mismos y no lo ven. La solución es simple: pónganse a estudiar, carajo. Pero no; están demasiado ocupados pensando cómo van a hacer mucho dinero para convertirse en jefes y luego quejarse de que las universidades están infiltradas y no los representan. Claro que si alguien ama el dinero no va a ser tan tonto como para dedicar una vida a estudiar y hacer investigaciones por las cuales recibirá poco o ningún dinero. Es más fácil convertirse en un *entrepreneur* y robar los pocos éxitos finales de esos largos años de investigación gratuita, llena de fracasos, realizadas por “fracasados con el cerebro lavado”.

La Haine

https://www.lahaine.org/mm_ss_mundo.php/libertos-la-universidad-no-es